

Jacobo Fijman y Elena Anníbali: búsqueda y pérdida de la estrella de la mañana

Carlos Fratini
Universidad Nacional de Mar del Plata

Resumen

El presente trabajo se propone analizar los vínculos posibles entre los libros *Estrella de la Mañana* (1931), de Jacobo Fijman y *La casa de la niebla* (2015), de Elena Anníbali. Estos poetas elaboran un ejercicio de resignificación de los discursos religiosos establecidos, a la vez que los niegan al construir su propia voz. Desde esta base, ambos trabajan con la noche como elemento articulador de los poemas, como espacio-tiempo de urdimbre e inestabilidad. Las afinidades y contrastes conceptuales entre *Estrella de la Mañana* y *La casa de la niebla* serán fundamentales para comprender sus procedimientos y filiaciones.

Palabras clave

Voz poética – Noche – Poesía

Comenzaré analizando el tercer y último libro de Jacobo Fijman, *Estrella de la Mañana*, publicado en 1931. Este volumen encuentra su título en uno de los versículos del *Apocalipsis* de San Juan: “Et dabo illi stellam matutinam” (“y le daré la estrella de la mañana”) (*Apocalipsis*, 2,28). Automáticamente esto me lleva a pensar en que, desde el título, Jacobo Fijman sugiere una inscripción en los textos sagrados, en los textos bíblicos. El poeta Santiago Sylvester sostiene, en un comentario incluido en la *Poesía completa* de Jacobo Fijman, que la poesía fijmaniana

es una poesía con fuerte sentido de procedencia. Están por detrás, marcándole el origen, el Cantar de los Cantares, los Salmos, y también [como ya vimos a partir del título del libro] los Evangelios; está el testimonio de su conversión, compleja como toda conversión, con las huellas frescas de San Juan de la Cruz; y está la larga estela de una variante de la poesía judía, con su metafísica y su sentido iniciático, más un lenguaje casi litúrgico, de paralelismos rituales, como los versículos que les sirven de apoyo. (...) Todo esto, expuesto (...) con el trabajo de un poeta que, a la vez que propone una línea histórica, la revisa (Sylvester; Fijman 2014: 15).

Cada uno de los puntos que Santiago Sylvester propone como constituyentes y sistemas de procedencia de la poesía de Fijman aparecen sin lugar a dudas en *Estrella de la Mañana*. Pero me interesan particularmente tres de estos puntos: en primer lugar, vuelvo a

hacer hincapié en el nombre del libro, en su identidad, en su origen ubicado en los Evangelios. En segundo lugar, extraigo, de la cita de Sylvester, “las huellas frescas de San Juan de la Cruz”. En este plano, entramos directamente al libro, pensando, si se quiere, en el armado de la voz poética: ¿a quién le habla esa voz? ¿a qué le habla? A golpe de vista, podríamos decir que los poemas varían en su enunciación: a veces marcados por una primera persona del singular, otras, por una primera persona del plural; como tercera variable, una evocación al *tú* de la segunda persona del singular; y finalmente, con un poco menos de frecuencia, una tercera persona que altera entre el singular y el plural. En ocasiones, algunas de las variantes coexisten, como es visible en los siguientes casos:

Amor, Amor, Amor,
Los soplos de tus nombres abren las puertas de uno en otro de todo en nada,
y el silencio escondido se derrama desde tu nombre santo de todo en nada de uno en otro
/amor ceñido.

Amor, Amor, Amor.
(2014: 139)

Amor abre la luz, y se derraman soles y bailan los corderos.
(...)
Amada, afuera nos besaremos desnudos de tinieblas y pavores, tendidos en amor de Cristo.
(2014: 140)

En estos fragmentos se visualizan las variantes de enunciación que marcamos. Sin embargo, prima mayoritariamente la evocación a una entidad que podríamos llamar “Amor” o “la amada”. Aun así, esta entidad es ambigua, porque está signada por un erotismo religioso o una religiosidad erótica, que hace confusos los límites entre la amada y la figura salvadora de Cristo. Este procedimiento presente en *Estrella de la Mañana* es parte de lo que Sylvester llama “las huellas frescas de San Juan de la Cruz”, que en su *Noche oscura del alma* escribió: “Oh noche que juntaste / Amado con amada, Amada en el Amado transformada” (1987: 38). El erotismo impreso en la evocación al *tú* por parte del hablante de *Estrella de la Mañana* recupera la poética de San Juan de la Cruz a cada paso. En un sentido diferente, pero no opuesto, Fijman también vuelve a la tradición mística en el uso de palabras como “sosiego”, “pavor”, “llanto” y “espanto”; palabras que están presentes en la poética de Santa Teresa de Jesús, específicamente en su poema “Sea mi gozo en el llanto” (1987: 32). A pesar de eso, decir que Jacobo Fijman se enliste en esta tradición y sea, por tanto, un poeta místico o religioso, se trata de una aseveración que, en principio, no seríamos capaces de dar.

El último punto a rescatar de la cita de Sylvester sería la idea de “un lenguaje casi

litúrgico, de paralelismos rituales". A lo largo de todo el libro aparecen construcciones propias de la liturgia, tales como: "Paz, paz", "Venga a nosotros", "Padre nuestro que estás en los cielos...", "Gloria en el cielo..." y "Amén, Amén, Amén". No obstante, pienso que el lenguaje litúrgico en Fijman está dado desde la sintaxis:

Nace en mi llanto llanto de oscuridad en todo llanto,
Oscuridad de soledad de todo llanto.

(...)

En soledad de soledad con soledad
En soledad de todo, en soledad crecida en soledad.

(2014: 145)

Como sabemos, el acto litúrgico concibe al potencial del lenguaje desde la repetición de conceptos y la utilización de paralelismos: basten el "por mi culpa, por mi culpa, por mi gran culpa" y el "Credo", donde la estructura "Creo en..." es la viga sobre la que se edifica la plegaria. Jacobo Fijman trabaja, en este libro, con un lenguaje muy próximo al de la ceremonia, repitiendo términos y utilizando paralelismos, pero la lógica de su sintaxis se articula, más bien, en una aparente acumulación donde el llanto es "de oscuridad en todo llanto", la oscuridad, "de soledad en todo llanto" y la soledad, "de soledad con soledad en soledad de todo". La acumulación en el sintagma, similar a una adjetivación del sustantivo, funcionaría bajo la imagen de una *mamushka*: de su interior surgen nuevas figuras que redefinen al sustantivo hasta llegar a su hueso conceptual. En este sentido, Jacobo Fijman parece inscribirse en los discursos religiosos a la vez que forja en ellos una lógica disruptiva: resignifica el lenguaje de la tradición en la que se introduce. Esto, repito, no es decir que estamos ante un poeta de la religión, a pesar de que él, en una entrevista realizada por Vicente Zito Lema, expresó que todo poema debe estar al servicio de Dios). Fijman produce una "vuelta de tuerca" del discurso religioso y genera su propia invención en esa órbita, encuentra ahí todo el vigor del sujeto poético de *Estrella de la Mañana*.

Ahora bien, este trabajo se estructura en base a las producciones de Jacobo Fijman (*Estrella de la Mañana*) y Elena Anníbali (*La casa de la niebla*). Esta poeta nació en Oncativo, Córdoba, en 1978. *La casa de la niebla* es su último libro, publicado en 2015. Es posible que los lectores se pregunten qué relación hay entre dos libros cuyas fechas de publicación están separadas por más de ochenta años, o por qué la filiación está planteada entre Anníbali y Fijman y no, por ejemplo, entre Anníbali y Bustos, o Anníbali y Viel Temperley. La filiación que personalmente encuentro entre *Estrella de la Mañana* y *La casa de la niebla* es meramente

procedimental e intentaré dejarla explícita hacia el final del trabajo.

Al igual que Jacobo Fijman, Elena Anníbali se atreve a entrar en contacto con los discursos religiosos y, en ese mismo gesto, los niega. No sea alinea en ellos, pero podría pensarse que reconoce su potencialidad y que, a partir de su propia experiencia, escribe la voz que marca el pulso de *La casa de la niebla*. Anníbali encuentra materiales en la órbita de la religión y los lleva hacia el lugar de su discurso.

En esta instancia inicial, trabajaré con poemas pertenecientes a la primera serie de *La casa de la niebla* (son tres), que es la que concede nombre al libro. La voz poética de los poemas que conforman la serie está signada por una pulsión que tiende a la plegaria:

señor, vos le diste a mi hermano un ford falcon rojo
para llegar a la casa de la niebla

y después qué

le dijiste?
le explicaste que el camino estaba cortado?
¿que el motor estaba roto?
¿que todo estaba roto?
¿que no había vuelta?

¿qué hiciste, cómo
para convencerlo?

(...)
o era verano, quizá, por entonces
y le diste el agua peligrosa de tu cielo
(2015: 11)

La transgresión de Anníbali con respecto a los discursos religiosos (la plegaria, específicamente) consiste en poner en cuestión el valor supremo. El rezo está usualmente reservado para pedir o agradecer y tiene por valor indiscutible la existencia de una autoridad divina. En estos poemas, el sujeto hablante no pide ni agradece; más bien cuestiona (¿acaso pueda ser una forma de pedir respuesta?) y acusa. Ahí, el alejamiento: el valor establecido entra en tensión de manera constante; por momentos adquiere una jerarquía divina ("soy tu surco, señor, / soy tu surco", se lee en el poema VI) y en otros pasajes es, como vimos, cuestionado y acusado. En un plano diferente, pero no menos importante, la negación de la esfera religiosa en "La casa de la niebla" también se da por un carácter del todo formal: el desuso de las mayúsculas. Las palabras "señor", "lázaro" y "paraíso" son sometidas a un juicio

de jerarquías al perder las mayúsculas que las caracterizan dentro de la órbita de la religión.

Intentemos, ahora, ya que hemos entrado en el terreno de las palabras, visualizar los campos semánticos de nuestros libros. La búsqueda se torna sorprendente porque aparecen en ambas palabras como: "vida", "muerte", "espanto", "desnudez", "angustia", "carne", "cordero", "rezo", "llama", "viento", una familia de palabras que viene del sustantivo "olor", otra que viene del sustantivo "luz" y otra, de "alegría". No obstante, la palabra que articula gran parte de los poemarios y por lo tanto, la segunda parte de nuestro trabajo, es: "noche", con su concepto opuesto, "día". Debemos partir, entonces, de una base común: tanto Anníbali como Fijman trabajan con la noche y la conciben como lugar y tiempo de urdimbre. Un lugar y tiempo de tensión donde las fuerzas (¿las fuerzas del mal?) hacen y deshacen a su antojo:

Los corrales

aquí es donde la sierpe brota
aquí es donde el rebaño habita
el mismo lugar
a la misma hora

por debajo de las patas angélicas de los corderos
se escucha el silbo de la bestia hambreada

por encima del lomo luminoso de las víboras
se huele el sudor de la carne con espanto

en el solo corral
por las noches
la guerra se ata y desata
sobre un loco destino de sangre
y depredaciones
(Anníbali 2015: 28)

XVI (fragmento)

Ha entrado la noche
la noche de los días con sus noches, las tierras frías y los bosques muertos.

Ha entrado la noche de la carne y de los sentidos
la noche de las tierras caídas y los cielos muertos.
(Fijman 2014: 138)

Mientras que Anníbali escribe la noche corporalmente (las patas angélicas de los corderos, la bestia hambreada, las víboras, la carne con espanto, la sangre), Fijman pareciera

evocar una escritura más abstracta, propia de su programa estilístico. Programa que, si bien entiende a la noche como un momento de tensión, tormento y reflexión (“Ha entrado la noche en nuestro llanto” (2014: 128)), accede a pensar en una salvación posible dentro de la noche, una salvación que, anticipamos, se efectuará en el pasaje de la noche a la mañana: “Después de toda la tierra rebosan las albas; / después de todas las estrellas ha sido en mí la mano sobre mi noche oscura” (2014: 161). En estos últimos versos han aparecido las *estrellas*. Esto me lleva a visitar nuevamente en el título del libro de Fijman: *Estrella de la Mañana*. Se trata de una contradicción en sí mismo, pienso: ¿cómo una estrella va a ser de la mañana? Ahí está el centro de la cuestión: Fijman ve en la estrella de la noche un anticipo de la luz de la mañana; encuentra allí la promesa de la salvación durante el tiempo de tormento. Por eso es que, en el poema XI, se lee “Yo entro bajo la estrella” (2014: 133) o en el poema XIV, “Duermo bajo la estrella, mi estrella” (2014: 136). De algún modo, Fijman encuentra el sosiego de la noche en la estrella, que sirve de guía en la oscuridad, por prefigurar (en luz) a la mañana: “En mis noches oscuras / los júbilos dibujan sobre los muros luces de espada” (2014: 135). Como nota, es válido decir que según la tradición, Fijman consideraría a Dios como fuente de luz (Eco 1999: 58-67). De manera que la llegada de la mañana, el camino hacia la mañana, simbolizaría la llegada de Dios. Esta concepción, permite a Fijman desdibujar los límites entre noche y día, y concebir a la noche como parte del día: “El agua llena de cielos y silencio de días con sus noches” (2014: 131). La construcción “días con sus noches” daría cuenta de que la noche es un estadio propio del día, donde la voluntad tiembla (ahí, la urdimbre) pero no se quebranta, precisamente, porque se conoce la salvación en la luz diurna. El día, para Fijman, “engloba”, entonces, a la noche y “lleva sobre su cuello las noches imperfectas” (2014: 151). La finalización de esas noches imperfectas se consuma con la llegada del alba, que trae paz y reposo: “Venga a nos la belleza entre todas las albas, / el alba que no nos deja caer en nuestra noche” (2014: 162). La mañana, entonces, vista como la reafirmación de la fe y el reordenamiento los valores vulnerados durante la noche.

Elena Anníbali, por su parte, también se inscribe en la noción de una noche de urdimbre e inestabilidad, pero al hablar de *La casa de la niebla*, no se puede hablar de una salvación posible. En esta instancia, voy a trabajar con las otras dos series del libro, llamadas “La zona” y “Otros poemas”. Con el poema “Los corrales” anticipamos un poco la postura tomada con respecto a la noche: es una guerra que ata y desata. En este aspecto, Anníbali se distancia de Fijman porque en su poética: “no hay salvación para la noche” (2015: 31). No hay, por tanto, una prefiguración de la salvación diurna. No hay, en suma, una estrella de la

mañana. En el entramado de *La casa de la niebla*, hay una pérdida (voluntaria o no) de la estrella: "todos los colores / tienden hacia la noche" (2015: 41). Pareciera que esa pérdida está dada, incluso, lumínicamente, desde el color. Pienso en el concepto de *ausencia de Dios*, de Georges Bataille como único mito posible en *La casa de la niebla*: la negación de la autoridad divina y su existencia, y por consiguiente, la negación de su capacidad salvadora (Bataille 2001: 67-69).

La mañana, como anticipé, no traerá nada nuevo: "vas y vuelves (...) / esperando la mañana / que no habrá de salvarte" (2015: 30). O sí trae algo nuevo: todos los sacrificios, los crímenes efectuados durante la noche, adquieren visibilidad con las primeras luces:

cuando llega la mañana
queda, aún,
el olor a tanto diablo suelto
tibio olor a cadáver, a carne,
a clavo de olor
(2015:26)

Si pensamos esto en relación al libro de Jacobo Fijman, notamos diferencias, claro, pero también filiaciones que son, como dije antes, filiaciones procedimentales: ambos poetas bordean los discursos religiosos de distintos modos, pero trabajan con (y desde, en Jacobo Fijman) ese lenguaje. Podría pensarse que Fijman se inscribe en la dialéctica de la tradición cristiana y resignifica el lenguaje desde ahí, y que Anníbali toma de esta tradición y lleva los materiales hacia su propio lugar de enunciación. En esta línea, ambos se ocupan de la noche como espacio y tiempo de alteración. A partir de este concepto, sus producciones se distinguirán según los sistemas de pensamiento a los que adscriban. Lo cierto es que las filiaciones procedimentales están, y los procedimientos son los mismos: una resignificación del lenguaje religioso y en esa vía, una vuelta al trabajo temático y discursivo con la noche y su pasaje hacia la mañana.

Para terminar, algo del orden de la botánica: no puedo dejar de concebir a *Estrella de la Mañana* y *La casa de la niebla* como dos libros portadores de semillas de la misma especie. Fijman y Anníbali entierran esas semillas en sus respectivos jardines, en sus parcelas. Crece de ellas el mismo tronco, la misma corteza, la misma médula. Pero a la hora de dar frutos, los unos son rotundamente distintos de los otros. No importa, entonces, cuál era la especie de la semillas.

Bibliografía

Anníbali, Elena (2015). *La casa de la niebla*, Buenos Aires, Del Dock.

Bataille, Georges (2001). *La felicidad, el erotismo y la literatura*, Buenos Aires, Adriana Hidalgo. Selección traducción y prólogo de Silvio Mattoni.

Eco, Umberto (1999). *Arte y belleza en la estética medieval*, Barcelona, Editorial Lumen.

Fijman, Jacobo (2014). *Poesía completa*, Buenos Aires, Del Dock.